



MONUMENTO Á BENITO JUÁREZ.

CAPITULO XXXVIII

Juárez y Lerdo.

Mucho se fué debilitando la influencia de Juárez desde el principio de su gobierno de regreso á la capital en 1867, con motivo de la actitud que asumió hácia el ejército, al cual deseaba reducir á pie de paz; de sus sospechas hacia el elemento militar y de su falta de habilidad en no saber olvidar y perdonar y para atraerse los varios elementos activos del partido liberal. No cabe la menor duda que Juárez se esforzaba con la mayor sinceridad por proporcionar al país un gobierno estable. Sus intenciones eran perfectamente honradas; y continuó su trabajo de reconstrucción del mejor modo que le fué posible. Pero aquel que había combatido por los principios constitucionales y ganado para su pueblo la batalla de la libertad, no estaba destinado á entrar á la tierra prometida á la cual él mismo lo había conducido, y esto únicamente porque la larga vida que había pasado en el campo de las luchas políticas lo inhabilitaba para la nueva existencia que la Nación estaba llamada á entablar.

Los jefes militares que se encontraron de la noche á la mañana sin empleo, é incapaces de proporcionarse una vida cómoda, comenzaron á impacientarse, lo cual se manifestó con levantamientos que tuvieron lugar en varias partes del país. Larga es la lista de los militares que se volvieron contra el Gobierno. Un serio levantamiento en Yucatán fué sofocado por el General Alatorre; otro en el cual tomaron parte algunos de los oficiales más prominentes del ejército fué debelado por el General Corona en Sinaloa; el General Negrete se apoderó de Puebla, pero fué finalmente derrotado por las tropas de Juárez al mando del General Vélez. Tanto estos levantamientos como otros de menor importancia tuvieron lugar

el año siguiente de la vuelta de Juárez á la ciudad, lo cual pone de manifiesto cuán general era el descontento. Si la revolución hubiera sido guiada por un caudillo de talento, que se hubiera dedicado con empeño á la tarea de derrocar al partido del Gobierno, con toda seguridad lo hubiera logrado; pero el descontento se manifestó en demostraciones y levantamientos, sin unidad de acción, en distintas partes del país, y el Gobierno pudo debelarlas en detalle.

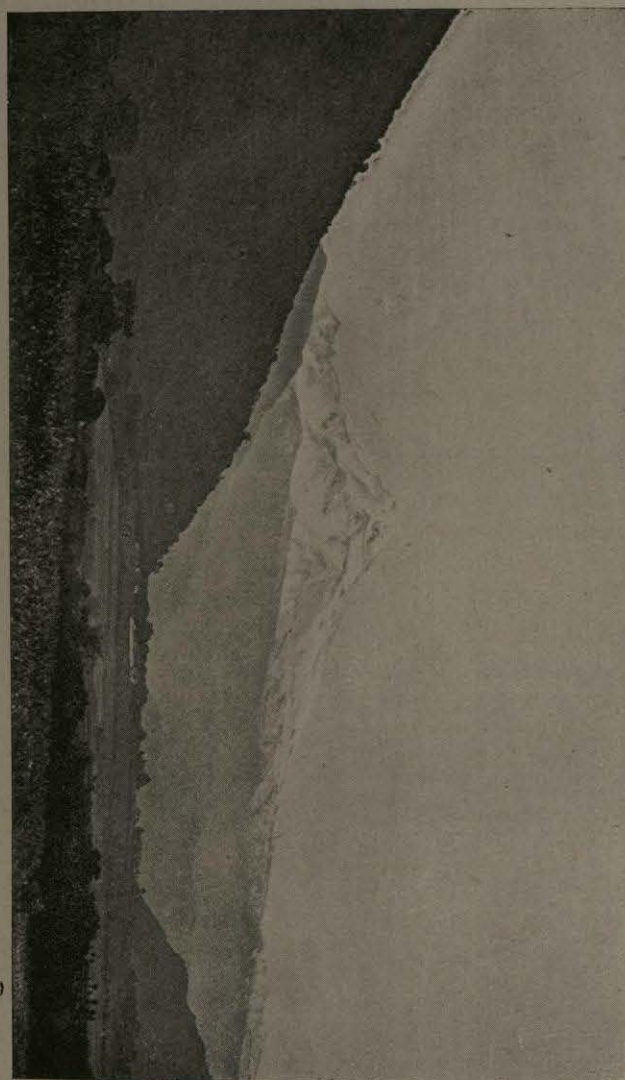
Sin embargo, el año de 1869 se hizo más pronunciado el sentimiento de descontento. Los generales Aguirre y Martínez encabezaron las fuerzas revolucionarias en San Luis Potosí el mes de Diciembre, el General Toledo se apoderó de Aguascalientes en Enero del siguiente año y García de la Cadena tomó la ciudad de Zacatecas. Había, pues, insurrección por todas partes. Pero las fuerzas del Gobierno al fin lograron restaurar una especie de paz intranquila en el país; mas como es fácil comprender, estas condiciones de desorden no permitían á la administración dedicar la suficiente atención al desarrollo de los recursos de la República, ni de hacer surgir orden del caos que reinaba en muchos de los departamentos del Gobierno. Gran ansiedad é intranquilidad política reinaron durante los últimos años de la administración de Juárez. Era general la idea de que el país no prosperaba todo lo que debía, y que el partido de Juárez no respondía á las necesidades de la situación, la cual reclamaba una política activa para lograr el desarrollo de la República en los ramos industrial, comercial y cívico. Cierta es que esta idea no siempre se manifestaba de un modo inteligente; pero, no obstante, formaba el sentimiento general de una nación joven y vigorosa que hacía poco había despertado de su letargo y que ahora luchaba contra el extremado conservatismo del gran jefe indio, quien se había sostenido como una roca contra los avances del partido conservador y lidiado durante muchos años con fe inquebrantable en sus luchas contra el imperio. El

sentimiento general de oposición consistía en que, por mucho que la nación le debiera á Juárez, las condiciones diversas en que el país se encontraba, hacían ya necesaria una política del todo distinta de la suya. El espíritu de los tiempos impulsaba á la Nación á marchar hacia adelante; y la vida de conservatismo que Juárez había llevado durante tantos años, lo incapacitaba para esa nueva época de la República, que él, sin saberlo, había creado. Así es que por varias partes del país comenzaron levantamientos contra su gobierno, levantamientos que eran de carácter tan grave que Juárez tuvo que usar de gran severidad para reprimirlos. Pero como estos sucesos eran la manifestación natural de ciertos elementos progresistas del país, la severidad que usó el Gobierno sólo sirvió para aumentar el sentimiento de oposición. No se crea que esta oposición se manifestaba en las filas del partido conservador, antiguo enemigo de Juárez; por el contrario, se manifestaba en las filas de los mismos liberales. Si los conservadores se hubieran unido á los desafectos, sin la menor duda el éxito hubiera coronado la lucha de éstos contra el partido juarista. Ni debe creerse tampoco que el país hubiera olvidado los grandes servicios que debía á Juárez, en su larga y tenaz lucha contra el imperio; nó, por donde quiera se reconocían los méritos del caudillo. El sentimiento era de distinta índole, y la oposición originada dentro de las filas del partido liberal, era motivada por la idea prevalente, de que los nuevos tiempos necesitaban hombres nuevos y que no convenía mezclar el trigo viejo con el de nueva cosecha.

Mas este estado de cosas no paró en la simple manifestación de la idea: terrible lucha se entabló por la prensa, y la oposición que se le hacía á Juárez era cada vez más violenta; y todos los esfuerzos que hizo este último por reprimir los ataques de sus opositores, no hacían sino hacerlos más amargos y decididos. La política de represión seguida por el partido juarista, no tendía más que á confirmar los califica-

tivos que le lanzaban sus opositores. El sentimiento general de la oposición se podía compendiar en la manifestación corriente en esos tiempos, de que Juárez era como una roca, incommovible. Fué el gran baluarte que se interpuso entre la República y los ataques del imperio. Su labor había sido admirable: había soportado el peso de la lucha con una firmeza comparable solamente á la de sus montañas nativas de Oaxaca. Era la gran misión que le había dado la Providencia y la había cumplido. Pero ahora la República exigía una marcha rápida hácia adelante en todas las líneas del progreso, tanto nacional como individual, y Juárez era el Juárez de antaño; era aún el mismo baluarte contra las desgracias que pudieran amenazar á la joven República; pero desafortunadamente, había estado tanto tiempo en lucha y se había acostumbrado de tal modo á ver planes contra la integridad del país y del partido liberal en cualquier movimiento que se iniciaba á favor del adelanto, que entró en antagonismo con todos los que sostenían que había ya llegado la oportunidad de que la República marchara con más velocidad y expedición en la vía del progreso. Y así, el sentimiento de intranquilidad y oposición continuó creciendo y de día en día aumentaba el deseo por un cambio de gobierno. Nubes de descontento se veían por todas partes en el horizonte político, y todo indicaba que sería imposible evitar una guerra civil.

El año de 1870 habían tres candidatos en campaña política por la presidencia, Juárez, Lerdo y Díaz. Juárez fué reelecto, aunque no sin fuerte oposición de parte de la facción lerdistista que manifestó mucha actividad en la lucha política. El descontento se manifestó muy luego con nuevos levantamientos y rebeliones por todo el país hácia fines del año 1871. La misma ciudadela de la capital se pronunció contra el Gobierno bajo la jefatura de militares tan bien conocidos como Negrete, Rivera, Toledo y Chavarría. Pero todos estos levantamientos fueron pronto de-



VOLCÁN DE QUIZABA, ESTADO DE VERACRUZ.

belados con mano fuerte por el General Sóstenes Rocha.

Muchos jefes militares que habían estado antes al lado de Juárez impugnaron la validez de su elección, y el resultado fué que promovieron otro levantamiento todavía más formidable que el primero y en el cual estaban comprometidos Treviño, de la Cadena, Guerra y García. Fué por este tiempo cuando el General Díaz lanzó su proclama del "Plan de la Noria" (Noviembre 8 de 1871), en el cual proponía la formación de un comité para reorganizar el país; pero el plan resultó impopular, y después de considerable lucha, la facción reconstruccionista fué derrotada por Alatorre el 22 de Diciembre de 1871. Luego se sucedieron otros reveses que finalmente desanimaron al partido revolucionario, con lo cual el perturbado país al fin entró de nuevo en un período de paz.

El 18 de Julio de 1872 Juárez murió repentinamente de un ataque al corazón.

El sentimiento unánime de la nación en esos momentos parece haber sido, que no había más que un hombre capaz y digno de sucederle; y ese hombre era Sebastián Lerdo de Tejada, Presidente de la Corte Suprema de Justicia; cargo que, según lo establecía la Constitución, lo hacía virtualmente Vicepresidente de la República, y como tal, el llamado á ocupar el alto puesto que había dejado vacante la muerte de su predecesor. Era hombre en quien la mayoría del pueblo mexicano tenía la mayor confianza. El sentimiento y creencia generales era que Lerdo había sido el espíritu guiador del nuevo orden de cosas en la República, y la representación de todos los deseos de progreso, tanto nacional como individual.

Pocos hombres han llegado á un puesto público con tanto beneplácito de parte del pueblo como Lerdo á la muerte de Juárez. Era toda la esperanza del pueblo, la expresión de su fe en el futuro, el único hombre capaz de manejar la situación. Sus antecedentes políticos y los de su familia le eran favorables: venía de buena cepa, y esto aumentaba su cré-

dito: su hermano Miguel había sido ministro de hacienda en 1856, y el autor de una ley para la consolidación y nacionalización de las propiedades de la Iglesia. Estos antecedentes lo hacían simpático á los ojos de los liberales, que no se cansaban de ponerlo en parangón con su hermano, el venturoso, esforzado y genuino liberal.

Pero no necesitaba Sebastián Lerdo de Tejada reflejar la gloria de su hermano; pues el público lo asociaba con los sucesos más importantes de la administración de Juárez, especialmente en su lucha contra el imperio. Era opinión corriente que el brillante cerebro de Lerdo había sido el inspirador de los actos más trascendentales de la administración de Juárez, incluyendo los famosos decretos lanzados en Veracruz contra el clero. Era, por consiguiente, candidato aceptable por los liberales de todas las categorías, que eran políticamente tan poderosos en ese tiempo, que ni siquiera temían el dividirse en bandos.

Tenía Lerdo maneras fascinadoras y ejercía raro ascendiente sobre todos las personas que trataba. Así, habíase conquistado multitud de amigos que tenían la opinión de que era el hombre de talento extraordinario, y como tal, capaz de enderezar los embrollados asuntos del partido liberal y guiar al país por la senda del progreso en que, los tiempos de comparativa paz de la administración de Juárez le habían permitido entrar. Así, pues, hubo gran regocijo en las filas liberales cuando asumió la presidencia de la República. Aún el partido conservador no teniendo en ese tiempo la menor esperanza de llegar al poder, aceptó á Lerdo como al hombre mejor que la situación podía ofrecer.

Pero Lerdo, si bien patriota y sincero en sus miras, luego manifestó su inhabilidad para el manejo de la situación política y por todos lados se le comenzaron á levantar enemigos, entre los cuales se hacía notar el antiguo partido conservador.